


CAPÍTULO II

Ética y religión



Siglos de debate sobre el origen de la ética se reducen a esto: o bien los preceptos éticos, tales como la justicia y los derechos humanos, son independientes de la experiencia humana, o bien son invenciones humanas. La distinción es algo más que un ejercicio para los filósofos académicos. La elección entre las dos hipótesis supone toda la diferencia en la manera en que nos vemos a nosotros mismos como especie. Mide la autoridad de la religión y determina la conducta del raciocinio moral.

Las dos hipótesis en competencia son como islas en un mar de caos, inamovibles, tan diferentes como la vida y la muerte, la materia y el vacío. No puede saberse por pura lógica cuál de las dos es correcta; por el momento, sólo un salto de fe nos llevará de una a otra. Pero acabará por llegarse a la respuesta verdadera por la acumulación de indicios objetivos. El raciocinio moral, así lo creo, es en todos los niveles intrínsecamente consiliente con las ciencias naturales.

Toda persona que piense tiene su opinión acerca de cuál de las premisas es correcta. Pero la división no está, como se supone generalmente, entre los creyentes religiosos y los seculares. Está entre trascendentalistas, los que piensan que existen pautas morales fuera de la mente humana, y empiristas, que las consideran artificios de la mente. La elección entre convicción religiosa o no religiosa y la elección entre convicción éticamente trascendentalista o empirista son decisiones que se entrecruzan y que se hacen en el pensamiento metafísico. Un trascendentalista ético, que cree que la ética es independiente, puede ser un ateo o bien asumir la existencia de una deidad. De manera paralela, un empirista ético, que cree que la ética sólo es una creación humana, puede ser un ateo o por el contrario creer en una deidad creadora (aunque no

en un Dios que dicta las leyes en el sentido judeocristiano tradicional). En sus términos más simples, la opción del fundamento ético es como sigue: «Creo en la independencia de los valores morales, procedan o no de Dios», frente a «Creo que los valores morales proceden únicamente de los seres humanos; Dios es un asunto distinto».

Los teólogos y los filósofos se han centrado casi siempre en el trascendentalismo como el medio para validar la ética. Buscan el santo grial de la ley natural, que comprende principios autoestables de conducta moral inmunes a la duda y al compromiso. Los teólogos cristianos, siguiendo el razonamiento de santo Tomás de Aquino en la *Summa Theologica*, consideran, en general, que la ley natural es la expresión de la voluntad de Dios. Los seres humanos, según esta visión, tienen la obligación de descubrir la ley mediante razonamiento diligente y entretejerla en la rutina de su vida cotidiana. Puede parecer que los filósofos seculares de tendencia trascendental sean radicalmente distintos de los teólogos, pero en realidad son muy parecidos, al menos en raciocinio moral. Tienden a ver la ley natural como un conjunto de principios tan poderosos que han de ser autoevidentes a cualquier persona racional, cualquiera que sea su origen último. Para abreviar, el trascendentalismo es fundamentalmente el mismo ya se invoque a Dios o no.

Por ejemplo, cuando Thomas Jefferson, siguiendo a John Locke, derivó la doctrina de los derechos naturales de la ley natural, estaba más preocupado por el poder de las afirmaciones trascendentes que por su origen divino o profano. En la Declaración de Independencia mezcló las suposiciones seculares y religiosas en una frase trascendentalista, con lo que cubriría todas las apuestas: «Sostenemos que estas Verdades son autoevidentes, que todos los Hombres son creados iguales, que su Creador los ha dotado de ciertos Derechos inalienables, que entre ellos están la Vida, la Libertad y la Búsqueda de la Felicidad». Esta afirmación se convirtió en la premisa cardinal de la religión civil americana, la espada justa que blandieron Lincoln y Martin Luther King, y resiste como la ética básica que une a los diversos pueblos de Estados Unidos.

Tan apremiantes son estos frutos de la teoría de la ley natural, especialmente cuando se invoca asimismo a la deidad, que puede parecer que sitúan fuera de cuestión la hipótesis trascendentalista. Pero a su noble éxito hay que añadir fracasos estrepitosos. En el pasado han sido pervertidos muchas veces, por ejemplo, utilizados para defender apasionadamente la conquista colonial, la esclavitud y el genocidio. Ni existió ninguna gran guerra que se librara sin que cada bando pensara que su causa era trascendentalmente sagrada de una u otra manera. «¡Oh, cómo nos odiamos los unos a los otros —observó el cardenal Newman— por el amor de Dios!»

De modo que quizá podamos hacerlo mejor, tomándonos más en serio el empirismo. La ética, según la opinión del empirista, es la conducta favorecida de manera suficientemente consistente por toda la sociedad hasta que se expresa como un código de principios. Es impulsada por predisposiciones hereditarias en el desarrollo mental (los «sentimientos morales» de los filósofos de la Ilustración) que producen amplias convergencias en distintas culturas, al tiempo que alcanzan una forma precisa en cada cultura según la circunstancia histórica. Los códigos, ya sean juzgados por los extraños como buenos o malos, desempeñan un importante papel a la hora de determinar qué culturas prosperan y cuáles decaen.

La importancia del punto de vista del empirista es su énfasis en el conocimiento objetivo. Puesto que el éxito de un código ético depende de lo sabiamente que interprete los sentimientos morales, los que lo formulan debieran saber cómo funciona el cerebro y cómo se desarrolla la mente. El éxito de la ética depende asimismo de la predicción precisa de la consecuencia de acciones determinadas en relación a otras distintas, especialmente en casos de ambigüedad moral. También esto necesita una gran cantidad de conocimiento consiliente con las ciencias naturales y sociales.

El argumento del empirista, pues, es que, explorando las raíces biológicas del comportamiento moral y explicando sus orígenes y sesgos materiales, hemos de ser capaces de modelar un consenso ético más sabio y más duradero que lo que hemos tenido hasta ahora. La expansión actual de la in-

dagación científica en los procesos más profundos del pensamiento humano hace realizable esta empresa.

La elección entre el trascendentalismo y el empirismo será la versión del siglo que viene de la lucha por las almas de los hombres. El raciocinio moral permanecerá centrado en las jergas de la teología o la filosofía, donde ahora se encuentra, o bien pasará al análisis material basado en la ciencia. Dónde se instale dependerá de qué visión del mundo resulte correcta, o al menos de cuál sea *percibida* como correcta de manera más extensa.

Ha llegado el momento de enseñar las cartas. Los eticistas, intelectuales que se especializan en el raciocinio moral, no son propensos a hacer declaraciones sobre los fundamentos de la ética, o a admitir la falibilidad. Raramente se oye una argumentación que empiece con esta sencilla afirmación: «Éste es mi punto de partida y podría estar equivocado». En cambio, el eticista prefiere el paso incómodo de lo particular a lo ambiguo, o al revés, de la vaguedad a los casos sólidos. Sospecho que casi todos ellos son trascendentalistas de corazón, pero rara vez lo dicen en frases declarativas simples. Uno no puede culparles demasiado; es difícil explicar lo inefable, y evidentemente no desean sufrir la indignidad de que sus creencias personales se comprendan con claridad. De modo que, en general, dan muchos rodeos al tema de los fundamentos.

Dicho esto, intentaré desde luego ser franco acerca de mi propia posición: soy un empirista. En religión me inclino por el deísmo, pero considero que su prueba es en gran parte un problema de astrofísica. La existencia de un Dios cosmológico que creó el universo (tal como considera el deísmo) es posible, y quizá acabe por establecerse, quién sabe si mediante formas de evidencia material todavía no imaginadas. O quizá el asunto se halle para siempre fuera del alcance humano. En cambio, y de mucha mayor importancia para la humanidad, la existencia de un Dios biológico, que gobierne la evolución orgánica e intervenga en los asuntos humanos (tal como considera el teísmo), resulta cada vez más contravenida por la biología y las ciencias del cerebro.

Los mismos indicios, según creo, favorecen un origen puramente material de la ética y cumplen el criterio de consiliencia: las explicaciones causales de la actividad del cerebro y de la evolución, aunque imperfectas, abarcan ya la mayoría de hechos conocidos sobre el comportamiento moral, con la mayor precisión y el menor número de hipótesis autoestables. Aunque esta concepción es relativista, en otras palabras, dependiente del punto de vista personal, no tiene por qué serlo de manera irresponsable. Si se desarrolla cuidadosamente, puede conducir de manera más directa y segura a códigos morales estables que el trascendentalismo (que, si uno piensa en ello, es asimismo relativista en último término).

Y, claro, antes de que me olvide, puedo estar equivocado.

Con el fin de remarcar la distinción entre trascendentalismo y empirismo, he inventado un debate entre defensores de las dos concepciones del mundo. Para añadir convicción apasionada, he hecho asimismo que el trascendentalista sea un teísta y el empirista un escéptico. Y para ser lo más justo como sea posible, he sacado sus argumentos de las fuentes de la teología y la filosofía más ajustadamente razonadas de las que tengo noticia.

EL TRASCENDENTALISTA

«Antes de empezar con la ética, permíteme afirmar la lógica del teísmo, porque si se admite la existencia de un Dios que da la ley, se establece de inmediato el origen de la ética. De modo que considera atentamente el siguiente razonamiento en favor del teísmo.

»Desafío tu rechazo del teísmo sobre la base de tu mismo empirismo. ¿Cómo puedes esperar refutar la existencia de un Dios personal? ¿Cómo puedes echar por la borda los tres mil años de testimonio espiritual que han dado los seguidores del judaísmo, el cristianismo y el islamismo? Cientos de millones de personas, incluyendo un gran porcentaje de los ciudadanos cultos de los países industrializados, *saben* que existe un poder consciente que guía sus vidas. El testimonio es abrumador. Según encuestas recientes, nueve de cada diez

norteamericanos creen en un Dios personal que puede contestar a sus oraciones y realizar milagros. Uno de cada cinco ha experimentado su presencia y su guía al menos una vez durante el año anterior a la encuesta. ¿Cómo puede la ciencia, la disciplina que suscribe el empirismo ético, rechazar un testimonio tan amplio?

»El núcleo del método científico, se nos recuerda constantemente, es el rechazo de determinadas proposiciones en favor de otras que se ajustan estrictamente a la lógica basada en hechos. ¿Dónde están los hechos que requieren el rechazo de un Dios personal? No hay bastante con decir que la idea es innecesaria para explicar el mundo físico, al menos tal como los científicos lo entienden. Hay demasiado en juego para que el teísmo sea rechazado con este gesto de la mano. Eres tú quien ha de cargar con el peso de las pruebas, no los que creen en una presencia divina.

»Si se observa con la perspectiva adecuada, Dios incluye la ciencia, no es la ciencia la que incluye a Dios. Los científicos obtienen datos sobre determinados temas y construyen hipótesis que los expliquen. Con el fin de extender el alcance del conocimiento objetivo tan lejos como puedan, aceptan provisionalmente algunas hipótesis al tiempo que rechazan otras. Sin embargo, dicho conocimiento sólo puede abarcar una parte de la realidad. La investigación científica, en particular, no está diseñada para explorar todas las maravillosas variedades de la experiencia mental humana. La idea de Dios, en cambio, tiene la capacidad de explicarlo *todo*, no sólo los fenómenos medibles, sino los fenómenos que se sienten personalmente y que se notan de manera subliminal, incluyendo las revelaciones que sólo pueden comunicarse a través de los canales espirituales. ¿Por qué habría de ser visible toda la experiencia mental en los rastreos de TEP? A diferencia de la ciencia, la idea de Dios se preocupa de algo más que el mundo material que se nos ha dado para explorar. Abre nuestra mente a lo que se encuentra fuera de dicho mundo. Nos instruye para alcanzar los misterios que sólo son comprensibles mediante la fe.

»Confina tus pensamientos al mundo material, si quieres. Otros saben que Dios incluye las causas últimas de la Creación. ¿De dónde proceden las leyes de la naturaleza si no es de un poder superior a estas mismas leyes? La ciencia no ofrece respuesta alguna a esta cuestión soberana de la teología. Dicho de otro modo, ¿por qué existe algo en lugar de nada? El significado último de la existencia se encuentra más allá de la comprensión de los seres humanos, y por lo tanto fuera del ámbito de la ciencia.

»¿También eres un pragmático? Hay una razón práctica y urgente para creer que los preceptos éticos han sido ordenados por un ser supremo. Negar un tal origen, suponer que los códigos morales han sido hechos exclusivamente por los hombres, es un credo peligroso. Como observó el Gran Inquisidor de Dostoyevsky, cuando no existe la mano prevaiente de Dios todo está permitido y la libertad se transforma en miseria. En apoyo de dicha advertencia tenemos nada menos que la autoridad de los propios pensadores originales de la Ilustración. Prácticamente todos creían en un Dios que creó el universo, y muchos eran cristianos devotos para colmo. Casi ninguno estaba dispuesto a abandonar la ética al materialismo profano. John Locke dijo que “los que niegan la existencia de Dios no han de ser tolerados en absoluto. Promesas, pactos y juramentos, que son los lazos de la sociedad humana, no pueden tener influencia ni santidad para un ateo; porque eliminar a Dios, aunque sólo sea del pensamiento, lo disuelve todo”. Robert Hooke, un gran físico del siglo XVII, al componer un memorial sobre la Sociedad Real recientemente creada, avisaba prudentemente de que el objetivo de esta organización quintaesencial de la Ilustración tenía que ser “Mejorar el conocimiento de las cosas naturales, y todas las artes útiles, manufacturas, prácticas mecánicas, motores e inventos mediante experimentos... (sin inmiscuirse con la Divinidad, la metafísica, la moral, la política, la gramática, la retórica o la lógica)”.

»Estos sentimientos son igualmente prevalentes entre los principales pensadores de la era moderna, así como en una gran minoría de científicos en activo. Se ven reforzados por

la dificultad de la idea de evolución orgánica tal como Darwin la abrazó. Este sillar del empirismo da por sentada la reducción de la Creación a los productos de las mutaciones aleatorias y de la circunstancia ambiental. Incluso George Bernard Shaw, ateo declarado, respondía con desesperación al darwinismo. Condenó su fatalismo y la degradación de la belleza, la inteligencia, el honor y la aspiración hasta una noción abstracta de materia ciegamente ensamblada. Muchos escritores han sugerido, y en mi opinión no injustamente, que una visión tan estéril de la vida, que reduce los seres humanos a poco más que animales inteligentes, dio justificación intelectual a los horrores genocidas del nazismo y el comunismo.

»De modo que es seguro que hay algo erróneo en la teoría imperante de la evolución. Incluso si dentro de las especies tiene lugar alguna forma de cambio genético, como proclama el nuevo darwinismo, la completa y estupenda complejidad de los organismos modernos no puede haber sido creada únicamente por el ciego azar. Una y otra vez en la historia de la ciencia, nuevos indicios han desbancado las teorías en boga. ¿Por qué están tan ansiosos los científicos por mantenerse junto a la evolución autónoma y descartar en cambio la posibilidad de un designio inteligente?⁴² Es muy curioso. El designio parece una explicación más sencilla que el autoensamblaje aleatorio de millones de especies de organismos.

»Finalmente, el teísmo gana una fuerza apremiante en el caso de la mente humana y (no rehúyo decirlo) de la mente inmortal. No es extraño que una cuarta parte o más de norteamericanos rechacen totalmente la idea de cualquier tipo de evolución humana, incluso en anatomía y fisiología. Llevada demasiado lejos, la ciencia es arrogante. Pongámosla en el lugar que le corresponde, como el regalo dado por Dios para comprender su reino físico.»

42. En inglés, *design* es a la vez 'diseño' y 'designio', entre otras acepciones, lo que da pie al doble significado, que se pierde en castellano.

EL EMPIRISTA

«Comenzaré reconociendo libremente que la religión tiene una atracción abrumadora para la mente humana, y que la convicción religiosa es en gran parte benéfica. La religión surge de los recovecos más recónditos del espíritu humano. Alimenta el amor, la devoción y, por encima de todo, la esperanza. La gente anhela la seguridad que ofrece. Apenas puedo pensar en nada más apremiante desde el punto de vista emocional que la doctrina cristiana que dice que Dios se encarnó en testimonio de lo sagrado de toda la vida humana, incluso del esclavo, y que murió y resucitó con la promesa de vida eterna para todos.

»Pero la creencia religiosa tiene otra cara, destructora, que iguala los peores excesos del materialismo. En la historia ha existido un número estimado de cien mil sistemas de creencia, y muchos de ellos han fomentado las guerras étnicas y tribales. Cada una de las tres grandes religiones occidentales, en particular, se expandió en un momento u otro en simbiosis con la agresión militar. El islamismo (*islam* significa 'sumisión') fue impuesto por la fuerza de las armas a grandes extensiones de Oriente Medio, el perímetro mediterráneo y Asia meridional. El cristianismo dominó el Nuevo Mundo tanto mediante expansión colonial como por la gracia espiritual. Se aprovechó de un accidente histórico: Europa, que se había visto bloqueada hacia oriente por los árabes musulmanes, se volvió hacia occidente para ocupar las Américas, con lo que la cruz acompañó a la espada en una campaña tras otra de esclavitud y genocidio.

»Los gobernantes cristianos tenían un instructivo ejemplo para seguir en la historia temprana del judaísmo. Si hemos de creer al Viejo Testamento, Dios ordenó a los israelitas que limpiaran de paganos la tierra prometida. "Pero en las ciudades de las gentes que Yahvé, tu Dios, te da por heredad, no dejarás con vida nada de cuanto respira; darás el anatema a estos pueblos, a los jeteos, amorreos, cananeos, fereceos, jeevos y jebuseos, como Yahvé, tu Dios, te lo ha mandado",

según relata el Deuteronomio 20:16-17. Cerca de cien ciudades fueron consumidas por el fuego y la muerte, empujando por la campaña de Josué contra Jericó y terminando con el asalto de David a la antigua plaza fuerte jebusea de Jerusalén.

»Aporto estos datos históricos no para verter calumnias sobre las creencias de la actualidad, sino más bien para iluminar sus orígenes materiales y los de los sistemas éticos que propician. Todas las grandes civilizaciones se extendieron mediante conquista, y entre sus principales beneficiarios se contaban las religiones que las validaron. No hay duda de que la pertenencia a religiones auspiciadas por el Estado ha sido siempre muy satisfactoria en muchas dimensiones psicológicas, y la sabiduría espiritual ha evolucionado para moderar los lemas más bárbaros que se obedecían en los días de conquista. Pero en la actualidad toda religión importante es una ganadora en la lucha darwiniana que se traba entre culturas, y ninguna de ellas floreció tolerando a sus rivales. El camino más rápido hacia el éxito ha sido siempre el patronazgo por parte de un Estado conquistador.

»Para ser franco, permíteme que ahora plantee directamente el tema de la causa y el efecto. La exclusión y el fanatismo religiosos surgen del tribalismo, la creencia en la superioridad innata y la categoría especial de los que pertenecen al grupo. El tribalismo no puede achacarse a la religión. La misma secuencia causal dio origen a las ideologías totalitarias. El *corpus mysticum* pagano del nazismo y la doctrina de lucha de clases del marxismo-leninismo, ambos esencialmente dogmas de religiones sin Dios, fueron puestos al servicio del tribalismo, y no al revés. Ninguno de los dos hubiera sido adoptado de manera tan ferviente si sus devotos no hubieran pensado que eran gentes elegidas, virtuosas en su misión, rodeadas de enemigos malvados, y conquistadoras por derecho de sangre y de destino. Mary Wollstonecraft dijo correctamente, en referencia a la dominación del varón, pero extensible a todo el comportamiento humano: “Ningún hombre elige el mal por que es malo; sólo lo confunde con la felicidad, que es el bien que busca”.

»La conquista por parte de una tribu exige que sus miembros hagan sacrificios a los intereses del grupo, especialmente durante el conflicto con los grupos en competencia. Esto es simplemente la expresión de una norma básica de la vida social en todo el reino animal. Surge cuando la pérdida de ventajas personales por la sumisión a las necesidades del grupo se ve más que compensada por la ganancia en ventaja personal debido al éxito resultante del grupo. El corolario humano es que las personas egoístas y prósperas pertenecientes a religiones e ideologías perdedoras son sustituidas por miembros abnegados y pobres de las religiones e ideologías triunfantes. Una vida mejor más adelante, ya sea en un paraíso terrenal o la resurrección en el cielo, es la recompensa prometida que las culturas inventan para justificar el imperativo subordinado de la existencia social. Repetida de una generación a la siguiente, la sumisión al grupo y a sus códigos morales se solidifica en la doctrina oficial y en el credo personal. Pero no está ordenada por Dios ni se arranca del aire como una verdad autoevidente. Evoluciona como un dispositivo necesario de supervivencia en los organismos sociales.

»La más peligrosa de las devociones, en mi opinión, es aquella endémica del cristianismo: “No nací para ser de este mundo”. Con una segunda vida que espera, el sufrimiento puede soportarse... especialmente en otras personas. Puede agotarse el ambiente natural. Los enemigos de la fe pueden ser furiosamente atacados y loado el martirio suicida.

»¿Es todo una ilusión? Bueno, dudo en llamarlo así o, peor, una mentira piadosa, la frase cruel que a veces utilizan los escépticos, pero hay que admitir que la evidencia objetiva que lo sustenta no es fuerte. No existen pruebas estadísticas de que la oración reduzca la enfermedad ni la mortalidad, excepto quizá a través de una mejoría psicogénica del sistema inmune; si fuera de otro modo, todo el mundo estaría rezando continuamente. Cuando dos ejércitos bendecidos por sacerdotes entablan batalla, sigue habiendo uno que pierde. Y cuando el prosencéfalo virtuoso del mártir explota por la bala del ejecutor y su mente se desintegra, ¿qué ocurre entonces? ¿Podemos suponer con seguridad que todos estos

millones de circuitos neurales se reconstituirán en un estado inmaterial, de manera que la mente consciente siga funcionando?

»La bonificación en escatología es la apuesta de Blaise Pascal: vive bien pero acepta la fe. Si hay una vida después de la muerte, razonaba el filósofo francés del siglo XVII, el creyente posee un billete al paraíso y lo mejor de ambos mundos. “Si pierdo —escribía Pascal—, habré perdido poca cosa; si gano habré ganado la vida eterna.” Piensa por un momento como un empirista. Considera la prudencia de dar la vuelta a la apuesta como sigue: si el miedo, la esperanza y la razón dictan que tienes que aceptar la fe, hazlo, pero trata este mundo como si no hubiera ningún otro.

»Sé que los verdaderos creyentes se escandalizarán por esta línea de argumentación. Su ira cae sobre los herejes declarados, que son considerados en el mejor de los casos alborotadores y, en el peor, traidores del orden social. Pero no se ha aducido ninguna evidencia de que los no creyentes sean ciudadanos menos observantes de las leyes o productivos que los creyentes de la misma clase socioeconómica, o que se enfrenten con menos valor a la muerte. Un estudio de 1996 de los científicos norteamericanos (para tomar un segmento respetable de la sociedad) revelaba que el 46 % son ateos y el 14 % incrédulos o agnósticos. Sólo el 36 % expresaba un deseo de inmortalidad, y la mayoría de ellos sólo de forma moderada; el 64 % no manifestaba ningún deseo en absoluto.

»El verdadero carácter surge de un pozo más profundo que la religión. Es la internalización de los principios morales de una sociedad, aumentados por aquellos dogmas escogidos personalmente por el individuo, lo suficientemente fuertes para resistir las pruebas de la soledad y la adversidad. Los principios encajan entre sí en lo que denominamos integridad, literalmente el yo integrado, por la que las decisiones personales se sienten buenas y verdaderas. El carácter es a su vez la fuente duradera de la virtud. Cumple por sí mismo y excita la admiración de los demás. No es obediencia a la autoridad, y aunque a veces es consistente con la creencia religiosa y es reforzado por ella, no es piedad.

»Ni la ciencia es la enemiga. Se trata de la acumulación del saber objetivo y organizado de la humanidad, el primer instrumento diseñado capaz de unir a las personas de cualquier parte en una comprensión común. No favorece a ninguna tribu ni religión. Es la base de una cultura verdaderamente democrática y global.

»Dices que la ciencia no puede explicar los fenómenos espirituales. ¿Por qué no? Las ciencias del cerebro están realizando importantes avances en el análisis de las complejas operaciones de la mente. No existe razón aparente por la que, a su debido tiempo, no puedan proporcionar una explicación material de las emociones y del raciocinio que componen el pensamiento espiritual.

»Preguntas de dónde proceden los preceptos éticos si no es de la revelación divina. Considera la hipótesis empirista alternativa, que los preceptos y la fe religiosa son productos completamente materiales de la mente. Durante más de mil generaciones han aumentado la supervivencia y el éxito reproductor de los que se adaptaron a la fe de la tribu. Ha habido tiempo más que suficiente para que evolucionaran reglas epigenéticas (sesgos hereditarios del desarrollo mental) que generan sentimientos morales y religiosos. La adoctrinabilidad se convirtió en un instinto.

»Los códigos éticos son preceptos a los que se llega por consenso bajo la guía de reglas innatas de desarrollo mental. La religión es el conjunto de narraciones míticas que explican el origen de un pueblo, su destino y la razón por la que sus individuos están obligados a suscribir determinados rituales y códigos morales. Las creencias éticas y religiosas se crean de abajo arriba, de la gente a su cultura. No proceden de arriba abajo, de Dios u otro origen no material al pueblo a través de la cultura.

»¿Qué hipótesis, la trascendentalista o la empirista, encaja mejor con la evidencia objetiva? La empirista, por un margen muy amplio. En la medida en que esta concepción sea aceptada, en la elección social se pondrá más énfasis en el raciocinio moral y menos en la autoridad religiosa e ideológica.

»En realidad, un cambio de este tipo ya viene dándose en las culturas occidentales desde la Ilustración, pero el ritmo ha sido muy lento. Parte de la razón radica en una enorme insuficiencia del conocimiento que se precisa para juzgar las consecuencias completas de nuestras decisiones morales, en especial para el largo plazo, por ejemplo una década o más. Hemos aprendido mucho sobre nosotros y el mundo en que vivimos, pero necesitamos muchísimo más para ser completamente sabios. Existe la tentación en cada gran crisis a rendirse a la autoridad trascendental, y quizá ello sea bueno durante un tiempo. Todavía somos adoctrinables, todavía nos impresionan fácilmente los dioses.

»La resistencia al empirismo se debe asimismo a un defecto puramente emocional del modo de razonamiento que promueve: es incruento. La gente necesita algo más que la razón. Necesitan la poesía de la afirmación, anhelan una autoridad superior a ellos en ritos de paso y otros momentos de gran seriedad. Una mayoría desea desesperadamente la inmortalidad que los rituales parecen subrayar.

»Las grandes ceremonias evocan la historia de un pueblo en solemne remembranza. Son el aparador de los símbolos sagrados. Tal es el valor perdurable de la ceremonia, que en todas las civilizaciones superiores ha asumido históricamente una forma principalmente religiosa. Los símbolos sagrados se infiltran en los huesos mismos de la cultura. Tomará siglos sustituirlos, si es que se consigue alguna vez.

»De modo que puedo sorprenderte admitiendo lo que sigue: sería un día triste si abandonáramos nuestras tradiciones sacras veneradas. Sería una equivocación trágica de la historia si elimináramos “por Dios” del juramento de fidelidad norteamericano. Ya se trate de ateos o de verdaderos creyentes, sigamos tomando juramento con la mano sobre la Biblia, y que podamos continuar oyendo “Que Dios me ayude”. Dejemos que sacerdotes, ministros y rabinos bendigan las ceremonias civiles con sus oraciones y, en todo caso, inclinemos nuestra cabeza en respeto comunal. Reconozcamos que cuando los introitos y las invocaciones nos hacen sentir picazón en la piel es que estamos en presencia de la poesía, y

el alma de la tribu, algo que sobrevivirá a las particularidades de los credos sectarios, y quizá a la creencia en el mismo Dios.

»Pero compartir la reverencia no es renunciar al precioso yo y oscurecer la verdadera naturaleza de la raza humana. No hemos de olvidar quiénes somos. Nuestra fuerza está en la verdad, en el conocimiento y en el carácter, bajo cualquier signo. Las Sagradas Escrituras dicen a los judeocristianos que el orgullo va antes que la destrucción. No estoy de acuerdo; es al revés: la destrucción va antes que el orgullo. El empirismo ha dado la vuelta a la fórmula. Ha destruido la frívola teoría de que somos seres especiales situados por una deidad en el centro del universo con el fin de servir como cúspide de la Creación para la gloria de los dioses. Podemos estar orgullosos como especie porque, habiendo descubierto que estamos solos, debemos muy poco a los dioses. Es mejor demostrar la humildad a nuestros camaradas humanos y al resto de la vida en este planeta, de la que depende realmente toda esperanza. Y si algunos dioses están prestando atención, seguramente hemos ganado su admiración al hacer tal descubrimiento y al disponernos a conseguir solos lo mejor de que somos capaces.»

El razonamiento del empirista, tal como he confesado anteriormente, es el mío. Está lejos de ser nuevo, pues sus raíces se remontan a la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles y, en el inicio de la era moderna, al *Tratado de la naturaleza humana* (1739-1740) de David Hume. La primera elaboración evolutiva clara del mismo fue la que hizo Darwin en *El origen del hombre* (1871).

El razonamiento del trascendentalista religioso, en cambio, es el que aprendí primero como niño en la fe cristiana. Desde entonces he reflexionado repetidamente sobre él, y por intelecto y temperamento me siento inclinado a respetar sus antiguas tradiciones.

Es también el caso que el trascendentalismo religioso es reforzado por el trascendentalismo profano, con el que tiene semejanzas fundamentales. Immanuel Kant, a quien la histo-

ria ha considerado el mayor de los filósofos profanos, abordó en gran medida el raciocinio moral como lo habría hecho un teólogo. Los seres humanos, razonaba, son agentes morales independientes con un albedrío completamente libre, capaz de obedecer o transgredir la ley moral: «Existe en el hombre un poder de autodeterminación, independiente de cualquier coerción mediante impulsos de los sentidos». Nuestras mentes están sujetas a un imperativo categórico, decía, de lo que nuestras acciones debieran ser. El imperativo es un bien en sí mismo, aparte de todas las demás consideraciones, y puede ser reconocido por la siguiente regla: «Actúa sólo según la máxima que deseas se convierta en una ley universal». Lo más importante, y trascendental, *debe* no tiene lugar en la naturaleza. La naturaleza, decía Kant, es un sistema de causa y efecto, mientras que la elección moral es un asunto de libre albedrío, para el cual no existe causa y efecto. Al hacer elecciones morales, al elevarse por encima del mero instinto, los seres humanos trascienden el reino de la naturaleza y penetran en un reino de libertad que les pertenece exclusivamente como criaturas racionales.

Ahora bien, esta formulación da una sensación de comodidad, pero no tiene el más mínimo sentido en términos de entidades materiales o imaginables, que es la razón por la que Kant, incluso sin tener en cuenta su torturada prosa, es tan difícil de entender. A veces un concepto es desconcertante no porque sea profundo, sino porque es erróneo. No se ajusta, ahora lo sabemos, a la evidencia de cómo funciona el cerebro.

En los *Principia Ethica* (1902), G.E. Moore, el fundador de la moderna filosofía ética, estaba de acuerdo esencialmente con Kant. En su opinión, el raciocinio moral no puede profundizar en la psicología y las ciencias sociales con el fin de localizar principios éticos, porque sólo producen una imagen causal y no consiguen iluminar la base de la justificación moral. De manera que, al pasar del objetivo *es* al normativo *debe*, se comete un error de lógica básico, que Moore denominó la falacia naturalista. John Rawls, en *Teoría de la justicia* (1971), recorre de nuevo el camino trascendente.

Ofrece la premisa muy plausible de que la justicia sea definida como equidad, que hay que aceptar como un bien intrínseco. Es el imperativo que seguiríamos si no tuviéramos información de partida sobre nuestro propio lugar en la vida. Pero al hacer tal suposición, Rawls no aventuró ningún pensamiento sobre el lugar de procedencia del cerebro o sobre su manera de funcionar. No ofreció ninguna prueba de que la justicia en cuanto equidad es consistente con la naturaleza humana, y por lo tanto es practicable como una premisa universal. Probablemente lo sea, pero ¿cómo podemos saberlo excepto mediante prueba ciega y error?

Me resulta difícil creer que si Kant, Moore y Rawls hubieran conocido la biología moderna y la psicología experimental hubieran razonado tal como lo hicieron. Pero, a punto de acabarse el siglo, el trascendentalismo sigue firme en los corazones no sólo de los creyentes religiosos, sino también de innumerables intelectuales de las ciencias sociales y de las humanidades, quienes, como Moore y Rawls antes que ellos, han preferido aislar su pensamiento de las ciencias naturales.

Muchos filósofos responderán diciendo: pero, ¿espera! ¿Qué estás diciendo? Los eticistas no necesitan este tipo de información. No puedes pasar realmente de *es* a *debe*. No te está permitido describir una predisposición genética y suponer que, porque es parte de la naturaleza humana, se ha transformado de alguna manera en un precepto ético. Debemos colocar el raciocinio moral en una categoría especial y utilizar las pautas trascendentales como se requiere.

No, no tenemos por qué poner el raciocinio moral en una categoría especial y utilizar premisas trascendentales, porque el planteamiento de la falacia naturalista es en sí mismo una falacia. Porque si *debe* no es *es*, ¿qué es? Traducir *es* en *debe* tiene sentido si nos atenemos al significado objetivo de los preceptos éticos. Es muy improbable que sean mensajes etéreos fuera de la humanidad a la espera de la revelación, o verdades independientes que vibren en una dimensión inmaterial de la mente. Es más probable que sean productos físicos del cerebro y de la cultura. Desde la perspectiva consiliente de las ciencias naturales, no son más que principios

del contrato social solidificados en reglas y preceptos, los códigos de comportamiento que los miembros de una sociedad desean fervientemente que otros sigan y que ellos mismos están dispuestos a aceptar para el bien común. Los preceptos son el extremo en una escala de acuerdos que van desde el asentimiento casual hasta el sentimiento público y la ley y aquella parte del canon considerada inalterable y sagrada. La escala aplicada al adulterio podría rezar como sigue:

No vayamos más allá; no está bien, y puede acarrear problemas. (Probablemente no debiéramos.)

El adulterio no sólo produce sentimientos de culpabilidad, sino que por lo general es censurado por la sociedad, de modo que éstas son otras razones para evitarlo. (No debemos.)

El adulterio no sólo es censurado, va contra la ley. (Casi con toda seguridad no debemos.)

Dios ordena que evitemos este pecado capital. (Absolutamente, no debemos.)

En el pensamiento trascendente la cadena de causación descende desde el pretendido *debe* en la religión o la ley natural, a través de la jurisprudencia hasta la educación y finalmente a la elección individual. La argumentación desde el trascendentalismo toma la siguiente forma general: «Existe un principio supremo, ya sea divino o intrínseco al orden de la naturaleza, y seremos prudentes si aprendemos de él y encontramos los medios para ajustarnos a él». Así, John Rawls comienza *Teoría de la justicia* con una proposición que considera irrevocable: «En una sociedad justa las libertades de igual ciudadanía se dan por sentadas; los derechos asegurados por la justicia no están sujetos al regateo político o al cálculo de los intereses sociales». Como muchos críticos han demostrado, tal premisa puede conducir a muchas consecuencias infelices cuando se aplica al mundo real, incluyendo el estrechamiento del control social y la reducción de la iniciativa personal. Por ello, Robert Nozick sugiere una premisa muy distinta en *Anarchy, State, and Utopia* (1974): «Los individuos tienen derechos, y hay cosas que ninguna persona ni grupo puede hacerles (sin violar sus derechos): dichos derechos son tan fuertes y de tan largo alcance que plantean la

cuestión de qué es lo que el Estado y sus funcionarios puede hacer, si es que pueden hacer algo». Rawls nos orientaría hacia el igualitarismo regulado por el Estado, Nozick hacia el liberalismo en un estado minimalista.

En cambio, el punto de vista empirista, que busca un origen del raciocinio ético que pueda ser estudiado objetivamente, invierte la cadena de causación. El individuo se interpreta como biológicamente predispuesto a tomar determinadas opciones. Por evolución cultural algunas de dichas opciones se solidifican en preceptos, después leyes, y si la predisposición o la coerción es lo suficientemente fuerte, en una creencia en el mandamiento de Dios o en el orden natural del universo. El principio empirista general toma la siguiente forma: «El fuerte sentimiento innato y la experiencia histórica hace que determinadas acciones sean preferidas; las hemos experimentado, y hemos sopesado sus consecuencias, y estamos de acuerdo en adaptarnos a los códigos que las expresan. Hagamos un juramento sobre los códigos, invirtamos nuestro honor personal en ellos y suframos castigo por su violación». El punto de vista empirista admite que se diseñan códigos morales para ajustarse a algunos impulsos de la naturaleza humana y para suprimir otros. *Debe* no es la traducción de la naturaleza humana, sino de la voluntad pública, que puede hacerse cada vez más sabia y estable a través de las necesidades y trampas de la naturaleza humana. Reconoce que la fuerza del compromiso puede desvanecerse como resultado de nuevo conocimiento y experiencia, con el resultado de que determinadas normas pueden ser desacralizadas, viejas leyes derogadas y comportamiento que antes estaba prohibido, liberado. También reconoce que por la misma razón puede ser necesario diseñar nuevos códigos morales, que tienen el potencial de, con el tiempo, devenir sagrados.

Si la visión empirista del mundo es correcta, *debe* es sólo la taquigrafía de un tipo de afirmación objetiva, una palabra que denota lo que la sociedad eligió hacer (o fue obligada) primero y que después se codificó. La falacia naturalista se reduce con ello al dilema naturalista. La solución del dilema

no es difícil. Es ésta: *debe* es el producto de un proceso material. La solución señala el camino a una comprensión objetiva del origen de la ética.

Unos cuantos investigadores se hallan ahora embarcados en una indagación fundacional de este mismo tipo. La mayoría está de acuerdo en que los códigos éticos han surgido por evolución a través de la interacción de la biología y la cultura. En un cierto sentido, están reviviendo la idea de los sentimientos morales que desarrollaron en el siglo XVIII los empiristas ingleses Francis Hutcheson, David Hume y Adam Smith.

Los sentimientos morales son ahora instintos morales, tal como los definen las modernas ciencias del comportamiento, sujetos a juicio según sus consecuencias. Así, los sentimientos derivan de reglas epigenéticas, sesgos hereditarios en el desarrollo mental, por lo general condicionados por la emoción, que influyen sobre los conceptos y las decisiones que se hacen a partir de ellos. El origen primario de los instintos morales es la relación dinámica entre la cooperación y la deserción. El ingrediente esencial para el modelado de los instintos durante la evolución genética en cualquier especie es la inteligencia lo suficientemente elevada para juzgar y manipular la tensión generada por el dinamismo. Este nivel de inteligencia permite la construcción de escenarios mentales complejos a mucha distancia en el futuro, como describí en el capítulo anterior sobre la mente. Sólo tiene lugar, hasta donde se sabe, en los seres humanos, y quizá en sus parientes más próximos entre los simios superiores.

Una manera de imaginar los primeros estadios hipotéticos de la evolución moral la proporciona la teoría de juegos, en particular las soluciones al famoso Dilema del prisionero. Considérese el siguiente escenario típico del dilema. Dos miembros de una banda han sido arrestados por asesinato y son interrogados por separado. Las pruebas contra ellos son fuertes pero no abrumadoras. El primer miembro de la banda cree que si se convierte en testimonio del Estado se le concederá inmunidad y a su colega se le condenará a cadena perpetua. Pero también es consciente de que su colega tiene la misma opción. Tal es el

dilema. ¿Cederán de manera independiente los dos miembros de la banda, de modo que ambos recibirán el máximo castigo? No, porque previamente se habían puesto de acuerdo en permanecer en silencio si eran capturados. Al hacerlo así, ambos esperan obtener un cargo menor o librarse completamente del castigo. Las bandas criminales han convertido este principio de cálculo en un precepto ético: nunca delates a otro miembro; sé siempre un tío recto. El honor existe, realmente, entre ladrones. Si consideramos que la banda es algo parecido a una sociedad, el código es el mismo que el de un soldado cautivo en tiempo de guerra, obligado a dar sólo nombre, rango y número de serie.

De una forma u otra, dilemas comparables que son solubles por cooperación tienen lugar constantemente y en todas partes en la vida diaria. La recompensa es variada: dinero, categoría, poder, sexo, acceso, comodidad y salud. La mayoría de estas recompensas inmediatas se convierten en la cuenta de resultados universal de la eficacia genética darwiniana: mayor longevidad y una familia segura y en aumento.

Y así es probable que haya sido siempre. Imagínese una cuadrilla de cazadores del paleolítico, formada por ejemplo por cinco hombres. Un cazador considera separarse de los demás para buscar un antílope por su cuenta. Si tiene suerte, obtendrá una gran cantidad de carne y pieles, cinco veces mayor que si permanece con la cuadrilla y tienen suerte. Pero sabe por experiencia que, solo, sus posibilidades de éxito son muy bajas, mucho menores que las de una cuadrilla de cinco que trabajan conjuntamente. Además, tenga o no tenga éxito, sufrirá la animosidad de los demás por haber reducido sus propias posibilidades. Por hábito los miembros de la cuadrilla permanecen juntos y comparten de manera equitativa los animales que matan. De modo que el cazador se queda. También manifiesta buenos modales al hacerlo, especialmente si es él el que mata la presa. El orgullo jactancioso es condenado porque rompe la delicada red de reciprocidad.

Ahora supóngase que la propensión humana a cooperar o a abandonar es heredable: algunos miembros son de manera innata más cooperativos, y otros lo son menos. A este res-

pecto, la aptitud moral sería simplemente como casi todos los demás rasgos mentales estudiados hasta la fecha. Entre los rasgos con heredabilidad documentada, los más cercanos a la aptitud moral son la empatía ante las desgracias de los demás y determinados procesos de establecimiento de lazos entre niños y sus cuidadores. A la heredabilidad de la aptitud moral añádase la abundante evidencia de la historia de que los individuos que son cooperativos suelen sobrevivir más tiempo y dejar más descendientes. Es de esperar que en el decurso de la historia evolutiva, los genes que predisponen a las personas al comportamiento cooperativo habrán terminado por predominar en la población humana en su conjunto.

Un tal proceso, repetido a través de miles de generaciones, dio origen de forma inevitable a sentimientos morales. Con excepción de los psicópatas empedernidos (si es que existe realmente alguno), estos instintos son experimentados intensamente por cada persona de varias maneras: como conciencia, autorrespeto, remordimiento, empatía, vergüenza, humildad y afrenta moral. Sesgan la evolución cultural hacia las convenciones que expresan los códigos morales universales del honor, el patriotismo, el altruismo, la justicia, la compasión, la clemencia y la redención.

El lado oscuro de la propensión innata al comportamiento moral es la xenofobia. Puesto que la familiaridad personal y el interés común son vitales en las transacciones sociales, los sentimientos morales evolucionaron para ser selectivos. Y así fue siempre, y así será siempre. Las personas depositan con esfuerzo su confianza en los extraños, y la verdadera compasión es un artículo del que suele haber pocas existencias. Las tribus sólo cooperan mediante tratados y otras convenciones cuidadosamente definidos. Les es fácil imaginarse víctimas de conspiraciones por parte de grupos competidores, y están prontas a deshumanizar y a matar a sus rivales durante períodos de conflicto grave. Fundamentan las lealtades a su propio grupo mediante símbolos y ceremonias sagradas. Sus mitologías están llenas de victorias épicas sobre enemigos amenazadores.

Los instintos complementarios de moralidad y tribalismo son fáciles de manipular. Y la civilización todavía ha facilitado más las cosas. Hace sólo diez mil años, un instante en el tiempo geológico, cuando la revolución agrícola empezó en Oriente Medio, en China y en Mesoamérica, las poblaciones aumentaron diez veces en densidad en relación con las de las sociedades de cazadores-recolectores. Las familias se instalaron en pequeñas parcelas de terreno, proliferaron las aldeas y el trabajo se dividió de manera precisa a medida que una creciente minoría de la plebe se especializó como artesanos, comerciantes y soldados. Las pujantes sociedades agrícolas, al principio igualitarias, se hicieron jerárquicas. A medida que primero las tribus y después los Estados medraron a base de los excedentes agrícolas, gobernantes hereditarios y castas de sacerdotes tomaron el poder. Los antiguos códigos éticos se transformaron en normativas coercitivas, siempre ventajosas para las clases gobernantes. Por esta época se originó la idea de dioses que otorgan leyes. Sus mandamientos confirieron una autoridad irresistible a los códigos éticos, de nuevo (y sin sorpresa) a favor de los gobernantes.

Debido a la dificultad técnica de analizar tales fenómenos de una manera objetiva, y debido a que, para empezar, las personas se resisten a las explicaciones biológicas de sus funciones de la corteza superior, se han hecho muy pocos avances en la exploración biológica de los sentimientos morales. Aun así, no deja de ser una circunstancia sorprendente que el estudio de la ética haya avanzado tan poco desde el siglo XIX. Como resultado, las cualidades más distintivas y vitales de la especie humana siguen siendo un espacio en blanco en el mapa científico. Creo que es un error hacer girar las discusiones sobre ética alrededor de las suposiciones autoestables de los filósofos contemporáneos, que es evidente que nunca han prestado atención al origen evolutivo y al funcionamiento material del cerebro humano. No hay ningún otro ámbito de las humanidades en el que se necesite de manera más urgente una unión con las ciencias naturales.

Cuando por fin la dimensión ética de la naturaleza humana se abra por entero a tal exploración, probablemente se

comprobará que las reglas epigenéticas innatas del raciocinio moral no están agregadas en instintos simples como los lazos familiares, la cooperación o el altruismo. Por el contrario, es probable que las reglas sean un conjunto de muchos algoritmos cuyas actividades entrelazadas guían la mente a través de un paisaje de matices de talentos y opciones.

En principio, puede parecer que un mundo mental preestructurado de este modo es demasiado complicado para haber sido creado solamente por la evolución genética autónoma. Pero todos los indicios de la biología sugieren que exactamente este proceso fue suficiente para generar los millones de especies de seres vivos que nos rodean. Cada tipo de animal es, además, guiado a través de su ciclo biológico por conjuntos únicos, y a veces complejos, de algoritmos instintuales, algunos de los cuales están empezando a rendirse a los análisis genéticos y neurobiológicos. Con todos estos ejemplos ante nosotros, no es irrazonable llegar a la conclusión de que el comportamiento humano se originó de la misma manera.

Mientras tanto, las mezcolanzas de raciocinio moral que emplean las sociedades modernas son, para simplificar las cosas, un lío. Son quimeras, compuestas de partes diversas pegadas entre sí. Los instintos igualitarios y tribales del paleolítico todavía están firmemente instalados. Como parte del cimiento genético de la naturaleza humana, no pueden ser sustituidos. En algunos casos, como la rápida hostilidad a los extraños y a los grupos competidores, por lo general se han adaptado mal y se han hecho peligrosos de manera persistente. Por encima de los instintos fundamentales se elevan superestructuras de argumentos y normas que acomodan las nuevas instituciones creadas por la evolución cultural. Estos ajustes, que reflejan el intento de mantener el orden y de fomentar los intereses tribales, han sido demasiado volátiles para que la evolución genética les pueda seguir la pista; todavía no están en los genes.

No ha de extrañar, pues, que la ética sea la más contestada públicamente de todas las empresas filosóficas. O que la ciencia política, que en su cimiento es ante todo el estudio de la

ética aplicada, sea con tanta frecuencia problemática. Ninguna de las dos está informada por nada que sea reconocible como auténtica teoría en las ciencias naturales. Tanto la ética como la ciencia política carecen de un cimiento de conocimiento verificable suficiente de la naturaleza humana, para producir predicciones de causa y efecto y juicios justos basados en ellas. A buen seguro, será prudente prestar más atención a los manantiales profundos del comportamiento ético. El mayor vacío en el conocimiento en tal empresa es la biología de los sentimientos morales. Creo que, con el tiempo, este asunto se llegará a comprender, si se presta atención a los siguientes temas:

- *La definición de los sentimientos morales:* primero por descripciones precisas a partir de la psicología experimental, después por análisis de las respuestas neurales y endocrinas subyacentes.
- *La genética de los sentimientos morales:* que es más fácil abordar mediante medidas de la heredabilidad de los procesos psicológicos y fisiológicos del comportamiento ético y, eventualmente, con dificultad, mediante la identificación de los genes prescriptores.
- *El desarrollo de los sentimientos morales como producto de las interacciones entre los genes y el ambiente.* La investigación es más efectiva cuando se realiza a dos niveles: las historias de los sistemas éticos como parte del surgimiento de las diferentes culturas, y el desarrollo cognitivo de los individuos que viven en culturas diversas. Tales investigaciones ya están en curso en antropología y psicología. En el futuro se verán aumentadas por contribuciones procedentes de la biología.
- *La historia profunda de los sentimientos morales:* en primer lugar por qué existen, presumiblemente por sus contribuciones a la supervivencia y al éxito reproductor durante los largos períodos de tiempo prehistórico en el que evolucionaron genéticamente.

A partir de una convergencia de estos varios enfoques puede llegar a esclarecerse el verdadero origen y el significado del comportamiento ético. Si es así, entonces puede tomarse una medida más segura de los puntos fuertes y de la flexibilidad de las reglas epigenéticas que componen los diversos sentimientos morales. A partir de tal conocimiento, habría de ser posible adaptar más sabiamente los sentimientos morales antiguos a las condiciones rápidamente cambiantes de la vida moderna en la que, queramos o no y en gran parte ignorándolo, nos hemos sumergido.

Entonces, pueden encontrarse nuevas respuestas para las cuestiones verdaderamente importantes del raciocinio moral. ¿Cómo pueden jerarquizarse los principios morales? ¿Cuáles están mejor dominados, y en qué grado, cuáles validados por leyes y símbolos? ¿Cómo pueden dejarse abiertos ciertos preceptos para recurrir a ellos en circunstancias extraordinarias? En la nueva comprensión puede hallarse el medio más efectivo para alcanzar el consenso. Nadie puede adivinar la forma que tomarán los acuerdos. Sin embargo, el proceso puede predecirse con seguridad. Será democrático y debilitará el choque de religiones e ideologías rivales. La historia se está moviendo de manera decisiva en esta dirección, y la gente es, por naturaleza, demasiado brillante y demasiado pendenciera para aceptar ninguna otra cosa. Y puede predecirse con seguridad el ritmo: el cambio vendrá lentamente, a lo largo de generaciones, porque a las viejas creencias les cuesta morir aun cuando se demuestre que son falsas.

El mismo razonamiento que alinea la filosofía ética con la ciencia puede informar asimismo el estudio de la religión. Las religiones son análogas a superorganismos. Tienen un ciclo de vida. Nacen, crecen, compiten, se reproducen y, en la plenitud del tiempo, la mayoría mueren. En cada una de estas fases, las religiones reflejan los organismos humanos que las nutren. Expresan una norma primaria de la existencia humana, que cualquier cosa que sea necesaria para sostener la vida es también, en último término, biológica.

Las religiones que tienen éxito empiezan típicamente como cultos, que después aumentan en poder e inclusividad hasta que consiguen la tolerancia fuera del círculo de creyentes. En el núcleo de cada religión hay un mito de la creación, que explica cómo empezó el mundo y cómo el pueblo elegido (los que suscriben el sistema de creencia) llegó a su centro. Suele haber un misterio, una serie de instrucciones y fórmulas secretas que sólo están disponibles para los hierofantes que se han abierto camino hasta un estado superior de esclarecimiento. La cábala judía medieval, el sistema trigradal de la francmasonería y las entalladuras de los bastones espirituales de los aborígenes australianos son ejemplos de tales arcanos. El poder irradia del centro, reuniendo conversos y ligando a los seguidores al grupo. Se designan lugares sagrados donde se puede importunar a los dioses, se pueden observar ritos y presenciar milagros.

Los devotos de la religión compiten como tribu con los de otras religiones. Toleran mal que sus rivales rechacen sus creencias. Veneran el autosacrificio en defensa de la religión.

Las raíces tribales de la religión y las del raciocinio moral son similares y pueden ser idénticas. Los ritos religiosos, como evidencian las ceremonias de enterramiento, son muy antiguos. En el período paleolítico tardío en Europa y Oriente Medio, parece que a veces los cuerpos eran colocados en tumbas someras espolvoreadas con ocre o flores, y es fácil imaginar ceremonias celebradas allí para invocar a espíritus y dioses. Pero, como sugieren la deducción teórica y la evidencia, los elementos primitivos del comportamiento moral son mucho más antiguos que el ritual del paleolítico. La religión surgió sobre un cimiento ético, y probablemente siempre ha sido usada de una u otra manera para justificar códigos morales.

Sin embargo, la formidable influencia del impulso religioso se basa en mucho más que únicamente la validación de la moralidad. Es un gran río subterráneo de la mente, que acumula fuerzas a partir de una amplia gama de emociones tributarias. La primera de ellas es el instinto de supervivencia. «El miedo —como decía el poeta Lucrecio— fue la primera cosa de la

Tierra para hacer dioses.» Nuestra mente consciente anhela una existencia permanente. Si no podemos tener una vida eterna del cuerpo, entonces servirá la absorción en algún todo inmortal. *Cualquier cosa* servirá, mientras confiera significado al individuo y se extienda de alguna manera hasta la eternidad este veloz paso de la mente y el espíritu que san Agustín lamentaba como el día corto del tiempo.

La comprensión y el control de la vida es otra fuente de poder religioso. La doctrina bebe en las mismas fuentes creativas que la ciencia y las artes, al ser su finalidad la extracción de orden de los misterios del mundo material. Para explicar el significado de la vida hilvana narraciones míticas de la historia tribal, y puebla el cosmos con espíritus protectores y dioses. La existencia de lo sobrenatural, si se acepta, atestigua la existencia de este otro mundo que se desea de manera tan desesperada.

La religión recibe asimismo un gran poder de su principal aliado, el tribalismo. Los chamanes y los sacerdotes nos imploran, en una sombría cadencia: Confía en los sagrados rituales, conviértete en parte de la fuerza inmortal, eres uno de los nuestros. A medida que tu vida se desenvuelve, cada paso tiene un significado místico que los que te amamos marcaremos con un solemne rito de paso, el último de los cuales se realizará cuando entres en este segundo mundo, libre de dolor y de miedo.

Si la mitología religiosa no existiera en una cultura, sería rápidamente inventada, y de hecho lo ha sido en todas partes, miles de veces a lo largo de la historia. Una tal inevitabilidad es la marca del comportamiento instintivo en cualquier especie. Es decir, incluso cuando es aprendido, es conducido hacia determinados estados por las reglas guiadas por la emoción del desarrollo mental. Llamar instintiva a la religión no significa suponer que ninguna parte concreta de su mitología sea falsa, sólo que sus orígenes son más profundos que los hábitos ordinarios y que en realidad son hereditarios, incitados a nacer a través de sesgos en el desarrollo mental codificado en los genes.

He afirmado en capítulos anteriores que tales sesgos o prejuicios son esperables como una consecuencia usual de la

evolución genética del cerebro. La lógica se aplica al comportamiento religioso, con el giro añadido del tribalismo. Existe una ventaja selectiva hereditaria en pertenecer a un grupo poderoso unido por la creencia y el propósito devotos. Aun cuando los individuos se subordinan y se arriesgan a morir por la causa común, es más probable que sus genes se transmitan a la generación siguiente que los de los grupos competidores que carecen de una firmeza equivalente.

Los modelos matemáticos de la genética de poblaciones sugieren la siguiente norma en el origen evolutivo de un tal altruismo. Si la reducción de la supervivencia y la reproducción de los individuos debida a los genes para el altruismo está más que compensada por el aumento en la probabilidad de supervivencia del grupo debido al altruismo, los genes del altruismo aumentarán en frecuencia en toda la población de grupos competidores. Dicho de la forma más concisa posible: el individuo paga, sus genes y la tribu ganan, el altruismo se extiende.

Permítaseme ahora sugerir un significado todavía más profundo de la teoría empirista del origen de la ética y la religión. Si se refuta el empirismo, y se demuestra de manera convincente el trascendentalismo, el descubrimiento sería, simplemente, el que más consecuencias tendría de toda la historia humana. Tal es la carga que recibe la biología cuando se acerca a las humanidades. Si la evidencia objetiva acumulada por la biología demuestra el empirismo, la consiliencia gana en los ámbitos más problemáticos del comportamiento humano y es probable que sea de aplicación a todo. Pero si las pruebas contradicen el empirismo en alguna parte, la consiliencia universal fracasa y la división entre ciencia y humanidades seguirá siendo permanente hasta sus mismos cimientos.

El asunto queda todavía lejos de estar zanjado. Pero el empirismo, como he argumentado, está bien demostrado hasta aquí en el caso de la ética. La evidencia objetiva a favor o en contra en el caso de la religión es más débil, pero al menos sigue siendo consistente con la biología. Por ejemplo, las emociones que acompañan al éxtasis religioso tienen claramente

un origen neurobiológico. Al menos un tipo de trastorno cerebral está asociado con la hiperreligiosidad; en él se da significado cósmico a casi todo, incluidos los acontecimientos triviales cotidianos. En conjunto, es posible imaginar la construcción biológica de una mente con creencias religiosas, aunque esto por sí solo no rechaza el trascendentalismo ni prueba que las propias creencias sean falsas.

Es igualmente importante que gran parte del comportamiento religioso, sino todo, pudo haber surgido de la evolución mediante selección natural. La teoría encaja... *grosso modo*. El comportamiento incluye al menos algunos aspectos de creencia en dioses. La propiciación y el sacrificio, que son características casi universales de la práctica religiosa, son actos de sumisión a un ser dominante. Son una especie de jerarquía de dominancia, que es un rasgo general de las sociedades organizadas de mamíferos. Como los seres humanos, los animales utilizan señales complicadas para advertir y mantener su rango en la jerarquía. Los detalles varían en las distintas especies, pero tienen asimismo semejanzas consistentes sin excepción, como ilustrarán los dos ejemplos siguientes.

En las manadas de lobos, el animal dominante camina erguido y «orgullosa», con las patas enhiestas, a pasos deliberados, con la cabeza, la cola y las orejas levantadas, y mira libremente y de forma indiferente a los demás. En presencia de rivales, el animal dominante eriza su pelaje al tiempo que frunce los labios para enseñar los dientes, y es el primero en escoger comida y espacio. Un subordinado utiliza señales opuestas. Se aparta del individuo dominante al tiempo que baja la cabeza, las orejas y la cola, y mantiene su pelaje liso y los dientes escondidos. Se arrastra y se escabulle, y abandona comida y lugar cuando es retado.

En las troillas de macacos bñnder, el macho alfa de la troilla es notablemente similar en sus poses a un lobo dominante. Mantiene erguidas cabeza y cola, camina de una manera deliberada, «regia», al tiempo que observa con pose indiferente a los demás. Trepa a los objetos cercanos para mantenerse más alto que sus rivales. Cuando es desafiado mira fija-

mente a su oponente con la boca abierta (lo que indica agresión, no sorpresa) y a veces golpea el suelo con las palmas abiertas para manifestar su disposición a atacar. El macho o la hembra subordinados adoptan un paso furtivo, mantienen la cabeza y la cola bajas, se apartan del alfa y de los demás individuos de rango superior. Mantienen su boca cerrada excepto para expresar una mueca de miedo, y cuando son amenazados efectúan una retirada humillante. Ceden la comida y el espacio y, en el caso de los machos, las hembras en celo.

Mi idea es la siguiente. Los científicos del comportamiento de otro planeta advertirían de inmediato la semejanza semiótica entre el comportamiento de sumisión de los animales, por un lado, y la obediencia humana a la autoridad religiosa y civil, por el otro. Harían notar que los ritos de obediencia más complejos se dirigen a los dioses, los miembros hiperdominantes e invisibles del grupo humano. Y llegarían a la conclusión, correctamente, de que en comportamiento social básico, no sólo en anatomía, el *Homo sapiens* ha divergido muy recientemente en evolución de un tronco primate no humano.

Incontables estudios de especies animales, con comportamiento instintivo no enmascarado por la complicación cultural, han demostrado que la pertenencia a los órdenes de dominancia compensa en supervivencia y éxito reproductor a lo largo de la vida. Y ello es válido no sólo para los individuos dominantes, sino también para los subordinados. La pertenencia a una u otra clase confiere a los animales una mejor protección contra los enemigos y un mejor acceso a la comida, refugio y pareja que la existencia solitaria. Además, la subordinación al grupo no es necesariamente permanente. Los individuos dominantes se debilitan y mueren, y como resultado algunos de los subalternos avanzan en rango y se apropian de más recursos.

Sería sorprendente encontrar que los seres humanos modernos han conseguido borrar los antiguos programas genéticos mamíferos e inventar otros medios de distribuir el poder. Todos los indicios sugieren que no lo han hecho. Fieles a su patrimonio de primates, las personas son fácilmente seducidas por líderes seguros y carismáticos, especialmente va-

rones. Esta predisposición es más fuerte en las organizaciones religiosas. Alrededor de tales líderes se forman cultos. Su poder aumenta si pueden afirmar de forma persuasiva acceso especial a la supremamente dominante figura de Dios, que es típicamente masculina. A medida que los cultos evolucionan hasta convertirse en religiones, la imagen del ser supremo es reforzada por el mito y la liturgia. Con el tiempo, la autoridad de los fundadores y sus sucesores se fija de forma indeleble en textos sagrados. Los subordinados levantiscos, a los que se califica de «blasfemos», son aplastados.

Sin embargo, la mente humana formadora de símbolos nunca queda satisfecha con los burdos sentimientos simiescos en ningún ámbito emocional. Lucha por construir culturas que sean gratificadoras al máximo en cualquier dimensión. En la religión hay ritual y oración para contactar directamente con el ser supremo, consuelo por parte de los correligionarios para suavizar la pena que de otro modo sería insoportable, explicaciones de lo inexplicable, y el sentido oceánico de comunión con el todo más grande que, de otro modo, supera toda comprensión.

La comunión es la clave y la esperanza que surge de ella es eterna; fuera de la noche oscura del alma está la expectativa de un viaje espiritual hacia la luz. Para unos pocos elegidos el viaje puede emprenderse en esta vida. La mente reflexiona de determinadas maneras con el fin de alcanzar niveles incluso superiores de esclarecimiento hasta que finalmente, cuando ya no es posible avanzar más, entra en una unión mística con el todo. En las grandes religiones, este esclarecimiento es expresado por el samadhi del hinduismo, el satori del budismo zen, la fana del sufismo, el wu-wei del taoísmo y el renacimiento de Pentecostés en el cristianismo. Algo parecido experimentan los chamanes preletrados cuando alucinan. Es difícil poner en palabras lo que por lo visto todos estos celebrantes sienten (como yo sentí antaño en cierto modo como evangélico renacido), pero Willa Cather se acercó tanto como era posible en una sola frase. «Esto es la felicidad —dice su narrador ficticio en *Mi Antonia*—, que se disolverá en algo completo y grande.»

Desde luego esto es la felicidad, encontrar la deidad, o penetrar en la totalidad de la naturaleza, o de alguna otra manera comprender algo inefable, hermoso, eterno y aferrarse a ello. Hay millones de personas que buscan esto. De otro modo se sienten perdidas, a la deriva en una vida sin significado último. Su apuro se resume en el anuncio de un seguro en el año 1997: «Es el año 1999. Usted se muere. ¿Qué va a hacer ahora?». Abrazan las religiones establecidas, sucumben a los cultos, se dedican a los curalotodos de la Nueva Era. Hacen que *Las nueve revelaciones* y otros intentos disparatados de esclarecimiento del espíritu aparezcan en las listas de libros más vendidos.

Quizá, como creo, todo podrá explicarse eventualmente como circuitería cerebral e historia profunda y genética. Pero no es éste un tema que ni siquiera el empirista más empedernido deba presumir de trivializar. La idea de la unión mística es una parte auténtica del espíritu humano. Ha ocupado a la humanidad durante milenios, y plantea cuestiones de la mayor seriedad a la vez para los trascendentalistas y los científicos. ¿Qué ruta, preguntamos, recorrieron, qué destino alcanzaron los místicos de la historia?

Nadie ha descrito el viaje real con mayor claridad que la gran mística española santa Teresa de Jesús, que en su memoria de 1562-1565 describe los pasos que la llevaron a alcanzar la unión divina mediante la oración. Al principio de la narración se mueve más allá de los rezos ordinarios de devoción y súplica hasta el segundo estado, la oración de los silenciosos. Aquí su mente recoge hacia dentro sus facultades con el fin de dar «consentimiento para que la encarcele Dios». Sobre ella descende un profundo sentimiento de consuelo y paz cuando el Señor le proporciona el «agua de grandes bienes y mercedes». Su mente cesa entonces de preocuparse por las cosas terrenas.

En el tercer estado de la oración, el espíritu de la santa, ebrio de amor, se preocupa sólo de pensamientos de Dios, que lo controla y lo anima.

¡Quered ahora, Rey mío, suplícooslo yo, que, pues cuando esto escribo no estoy fuera de esta santa locura celestial [...] primitáis que no trate yo con nadie, u ordenad, Señor, cómo no tenga ya cuenta en cosa del mundo u me sacá de él.

En el cuarto estado de oración, santa Teresa de Jesús alcanza la unión mística:

Acá no hay sentir, sino gozar [...] Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera que no queda ninguno desocupado [...] Estando así el alma buscando a Dios, siente con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer toda con una manera de desmayo que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales [...] Díjome el Señor estas palabras: «Deshácese toda, hija, para ponerse más en Mí. Ya no es ella la que vive, sino Yo. Como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo».

Para muchos, la necesidad de creer en la existencia trascendental y la inmortalidad es abrumadora. El trascendentalismo, en especial cuando está reforzado por la fe religiosa, es psíquicamente pleno y rico; de alguna manera sienta *bien*. En comparación, el empirismo parece estéril e inadecuado. En la búsqueda del significado último, es mucho más fácil seguir la ruta trascendentalista. Ésta es la razón por la que, aunque el empirismo está ganando la mente, el trascendentalismo continúa ganando el corazón. La ciencia siempre ha derrotado al dogma religioso punto por punto cuando los dos han entrado en conflicto. Pero en vano. En Estados Unidos hay quince millones de baptistas sureños, la mayor de las sectas que está a favor de la interpretación literal de la Biblia cristiana, pero sólo cinco mil miembros de la Asociación Humanista Americana, la principal organización dedicada al humanismo seglar y deístico.

Aun así, si la historia y la ciencia nos han enseñado algo, es que pasión y deseo no son lo mismo que verdad. La mente humana evolucionó para creer en los dioses. No evolucionó para creer en la biología. La aceptación de lo sobrenatu-

ral transmitió una gran ventaja durante la prehistoria, cuando el cerebro estaba evolucionando. De modo que contrasta fuertemente con la biología, que se desarrolló como producto de la edad moderna y no está suscrito por algoritmos genéticos. La incómoda verdad es que las dos creencias no son objetivamente compatibles. Como resultado, los que anhelan a la vez la verdad intelectual y religiosa nunca obtendrán las dos de manera completa.

Mientras tanto, la teología intenta resolver el dilema evolucionando, como la ciencia, hacia la abstracción. Los dioses de nuestros antepasados eran seres humanos divinos. Los egipcios, como señaló Heródoto, los representaban como egipcios (con frecuencia con partes corporales de animales nilóticos), y los griegos los representaban como griegos. La gran contribución de los hebreos fue combinar todo el panteón en una sola persona, Yahvé (un patriarca apropiado para las tribus del desierto), e intelectualizar Su existencia. No se permitieron imágenes esculpidas. En el proceso, hicieron menos tangible la presencia divina. De modo que en los relatos bíblicos llega a ocurrir que nadie, ni siquiera Moisés cuando se acerca a Yahvé en el matorral en llamas, puede mirar Su cara. Con el tiempo, a los judíos se les prohibió incluso pronunciar Su nombre verdadero completo. No obstante, la idea de un Dios teístico, omnisciente, omnipotente y muy implicado en los asuntos humanos, ha persistido hasta el día de hoy como la imagen religiosa dominante de la cultura occidental.

Durante la Ilustración, un número creciente de teólogos judeocristianos liberales, que deseaban acomodar el teísmo a una visión más racional del mundo material, se apartaron de Dios como persona literal. Baruch Spinoza, el notable filósofo judío del siglo XVII, visualizó la deidad como una sustancia trascendente presente en todas partes del universo. «Deus sive natura», ‘Dios o la naturaleza’, declaró, son intercambiables. Por sus afanes filosóficos fue expulsado de Amsterdam bajo un anatema comprensible, que combinaba todas las maldiciones del libro. A pesar del riesgo de herejía, la despersonalización de Dios ha continuado de manera segura

hasta la era moderna. Para Paul Tillich, uno de los teólogos protestantes más influyentes del siglo xx, la afirmación de la existencia de Dios como persona no es falsa, sólo es insensata. En muchos de los pensadores contemporáneos más liberales, la negación de una divinidad concreta toma la forma de teología preparada. Todo en esta ontología, de las más extremas, es parte de una red estanca e infinitamente compleja de relaciones que se despliegan. Dios se manifiesta en todo.

Los científicos, los exploradores ambulantes del movimiento empirista, no son inmunes a la idea de Dios. Los que están a favor de la misma se inclinan hacia alguna forma de teología *sui generis*. Se plantean esta pregunta: cuando el mundo real del espacio, el tiempo y la materia sea lo suficientemente bien conocido, ¿revelará este conocimiento la presencia del Creador? Sus esperanzas están depositadas en los físicos teóricos que persiguen el objetivo de la teoría final, la Teoría del Todo, TDT, un sistema de ecuaciones interconectadas que describan todo lo que pueda aprenderse de las fuerzas del universo físico. La TDT es una teoría «hermosa», como la ha calificado Steven Weinberg en su importante ensayo *El sueño de una teoría final*. Hermosa porque será elegante, al expresar la posibilidad de una complejidad infinita con el mínimo de leyes, y simétrica, porque se mantendrá invariable a lo largo de todo el espacio y el tiempo. E inevitable, que significa que una vez enunciada *no podrá cambiarse ninguna parte sin invalidar el todo*. Todas las teorías que sobrevivan podrán encajarse en ella de forma permanente, de la manera en que Einstein describió su propia contribución, la teoría general de la relatividad. «El principal atractivo de la teoría —decía Einstein— reside en su integridad lógica. Si una sola de las conclusiones que se deducen de ella resulta falsa, habrá que abandonarla; modificarla sin destruir la estructura entera parece imposible.»

Para los científicos más matemáticos, la expectativa de una teoría final puede parecer que señala la proximidad de un nuevo despertar religioso. Stephen Hawking, que ce-

dió a la tentación en *Historia del tiempo* (1988), declaró que este logro científico sería el triunfo último de la razón humana, «porque entonces conoceríamos el pensamiento de Dios».

Bueno, quizá; pero lo dudo. Los físicos ya han puesto en su lugar una gran parte de la teoría final. Sabemos la trayectoria; podemos ver aproximadamente hacia dónde se dirige. Pero no habrá ninguna epifanía religiosa, al menos ninguna que sea reconocible para los autores de las Sagradas Escrituras. La ciencia nos ha llevado muy lejos del Dios personal que antaño presidiera sobre la civilización occidental. Ha hecho poco para satisfacer nuestra hambre instintiva que de manera tan conmovedora expresó el salmista:

Pasa el hombre como una sombra, por un soplo solo se afana; amontona sin saber para quién. Y ahora, ¿qué puedo esperar, Señor? Mi esperanza está en ti.⁴³

La esencia del dilema espiritual de la humanidad es que evolucionamos genéticamente para aceptar una verdad y descubrimos otra. ¿Existe alguna manera de eliminar el dilema, de resolver las contradicciones entre las visiones del mundo trascendentalista y empirista?

No, por desgracia no existe. Además, es improbable que una elección entre ellas permanezca arbitraria para siempre. Las hipótesis que subyacen a las dos visiones del mundo están siendo probadas con severidad creciente por el conocimiento acumulativo verificable sobre cómo funciona el universo, desde el átomo al cerebro y a la galaxia. Además, las duras lecciones de la historia han demostrado bien a las claras que un código ético no es tan bueno (al menos, no tan duradero) como otro. Lo mismo vale para las religiones. Algunas cosmologías son objetivamente menos correctas que otras, y algunos preceptos éticos son menos factibles.

43. Salmos 39:6-7.

Existe una naturaleza humana basada en la biología, y es relevante para la ética y la religión. La evidencia demuestra que debido a su influencia, puede educarse fácilmente a la gente dentro de un margen muy estrecho de preceptos éticos. La gente prospera dentro de determinados sistemas de creencias y languidece bajo otros. Necesitamos saber exactamente por qué.

A tal fin será tan presuntuoso como para sugerir de qué manera es más probable que se zanje el conflicto entre las visiones del mundo. La idea de un origen genético y evolutivo de las creencias morales y religiosas será comprobada mediante la continuación de estudios biológicos del complejo comportamiento humano. En la medida en que los sistemas sensorial y nervioso parezcan haber evolucionado por selección natural, o al menos algún otro proceso puramente material, la interpretación de los empiristas se verá reforzada. Será apoyada todavía más por la verificación de la coevolución entre los genes y la cultura, el proceso de conexión esencial que se ha descrito en capítulos anteriores.

Ahora, consideremos la alternativa. En la medida en que los fenómenos éticos y religiosos *no* parezcan haber evolucionado de una manera compatible con la biología, y especialmente en la medida en que este comportamiento complejo no pueda relacionarse con acontecimientos físicos en los sistemas sensorial y nervioso, la posición empirista tendrá que ser abandonada y aceptarse la explicación trascendentalista.

Durante siglos la ejecutoria del empirismo se ha ido extendiendo en el antiguo dominio de la creencia trascendentalista, lentamente al principio, pero cada vez más rápidamente en la era científica. Los espíritus que nuestros antepasados conocían íntimamente huyeron primero de las rocas y de los árboles, y después de las distantes montañas. Ahora están en las estrellas, donde su extinción final es posible. «Pero no podemos vivir sin ellos.» Las personas necesitan una narración sagrada. Han de tener la sensación de una finalidad más grande, de una u otra forma, como sea que se intelectualice. Rehusarán rendirse a la desesperación de la mortalidad animal. Continuarán suplicando con el salmista: «Y ahora, ¿qué

puedo esperar, Señor?». Encontrarán una manera de mantener vivos los espíritus ancestrales.

Si la narración sagrada no puede ser en la forma de una cosmología religiosa, se tomará de la historia material del universo y de la especie humana. Esta tendencia no es en absoluto envilecedora. La verdadera épica evolutiva, contada de nuevo como poesía, es tan intrínsecamente ennoblecedora como cualquier épica religiosa. La realidad material descubierta por la ciencia ya posee más contenido y grandeza que todas las cosmologías religiosas combinadas. Se ha podido seguir la pista de la continuidad del linaje humano a través de un período de historia profunda mil veces más antigua que la que concibieron las religiones occidentales. Su estudio ha aportado nuevas revelaciones de gran importancia moral. Nos ha hecho comprender que el *Homo sapiens* es mucho más que un cúmulo de tribus y razas. Somos un único acervo génico del que en cada generación se extraen individuos y en el que se disuelven en la generación siguiente, unidos para siempre como una especie por herencia y un futuro común. Tales son los conceptos, basados en hechos, de los que pueden extraerse nuevos indicios de inmortalidad y de los que pueden evolucionar nuevas mitologías.

Cuál de las dos visiones del mundo prevalezca, el trascendentalismo religioso o el empirismo científico, supondrá una gran diferencia en la manera en que la humanidad reclame el futuro. Durante el tiempo en que el asunto se encuentra bajo consideración, puede alcanzarse un arreglo si se comprenden los siguientes hechos dominantes. Por un lado, la ética y la religión son todavía demasiado complejas para que la ciencia de hoy en día las pueda explicar en profundidad. Por otro, son mucho más el producto de la evolución autónoma de lo que hasta ahora admitían la mayoría de teólogos. La ciencia se enfrenta en la ética y la religión a su desafío más interesante y posiblemente humillante, mientras que la religión ha de encontrar de algún modo la manera de incorporar los descubrimientos de la ciencia con el fin de conservar la credibilidad. La religión poseerá fuerza en la medida en que codifique y ponga en forma duradera y poética los valores

superiores de la humanidad consistentes con el saber empírico. Ésta es la única manera de proporcionar un liderazgo moral convincente. La fe ciega, no importa lo apasionadamente que se exprese, no será suficiente. Por su parte, la ciencia comprobará sin cesar todas y cada una de las hipótesis acerca de la condición humana y a su debido tiempo desvelará los cimientos de los sentimientos morales y religiosos.

El resultado eventual de la competencia entre las dos visiones del mundo, así lo creo, será la secularización de la épica humana y de la propia religión. Sea como sea que el proceso se desenvuelva, exige una discusión abierta y un rigor intelectual firme en una atmósfera de respeto mutuo.

CAPÍTULO 12

¿Hacia qué propósito?

~~Los intelectuales, cuando abordan el estudio del comportamiento y de la cultura, tienen la costumbre de hablar de diversos tipos de explicaciones: antropológicas, psicológicas, biológicas y otras, apropiadas a las perspectivas de cada una de las disciplinas. He argumentado que intrínsecamente existe sólo una clase de explicación. Atraviesa las escalas del espacio, del tiempo y de la complejidad para unir los hechos dispares de las disciplinas mediante consiliencia, la percepción de una red inconsútil de causa y efecto.~~

~~Durante siglos la consiliencia ha sido la leche materna de las ciencias naturales. Ahora está completamente aceptada por las ciencias del cerebro y la biología evolutiva, las disciplinas mejor situadas para servir a su vez como puentes hacia las ciencias sociales y las humanidades. Existen abundantes indicios que apoyan y absolutamente ninguno que refute la proposición de que las explicaciones consilientes son compatibles con el conjunto de todas las grandes ramas del saber.~~

~~La idea central de la concepción consiliente del mundo es que todos los fenómenos tangibles, desde el nacimiento de las estrellas hasta el funcionamiento de las instituciones sociales, se basan en procesos materiales que en último término son reducibles, por largas y tortuosas que sean las secuencias, a las leyes de la física. En apoyo de esta idea está la conclusión de los biólogos de que la humanidad está emparentada con todas las demás formas de vida por descendencia común. Compartimos esencialmente el mismo código genético de ADN, que es transcrito a ARN y traducido a proteínas con los mismos aminoácidos. Nuestra anatomía nos sitúa entre los monos y simios del Viejo Mundo. El registro fósil demuestra que nuestro antepasado inmediato fue el *Homo ergaster* o bien el *Homo erectus*. Sugiere que el punto de nuestro origen fue África,~~